

todo, un elemento de cohesión y de estabilidad dentro del desquiciamiento de España. Pero al dejar de ver en él la mentalidad y considerar únicamente la envoltura física, dijérase imposible el más leve indicio de amorosa turbación, especialmente en una niña aristocrática, dama exquisita, criada entre armoños y encajes, galanteada y cortejada por los más estirados petimetres de la corte. Cánovas era descuidado y abandonado en su atavío, indiferente a la exterioridad, hasta el extremo de que se contaba que sus levitas las probaba el secretario. Calzaba mal los pies y rara vez enguantaba las manos. Su rostro, aunque iluminado frecuentemente por los destellos de la inteligencia, era irregular y duro de expresión; sus ojos afectados de estrabismo. Veinte y pico de años llevaba de delantera a Joaquina en el camino del vivir, y cuando la condujo al altar, el cabello de aquel hombre ya tenía el baño de plata que revela, además de la edad implacable, la fatiga vital, el cansancio. — Y sin embargo, no pienso que haya habido en el mundo mujer más enamorada, más ilusionada, que Joaquina Osma, especie de Artemisa.

\* \*

¿A qué discutir este género de documentos humanos? Nadie los cree; la sociedad no quiere admitir los casos pasionales, que perturban su equilibrio, fundado en los sentimientos tranquilos, en los medios tonos. La sociedad es como la pintó Chambort: normal, prudente y escéptica: la pasión le parece lo que acaso realmente será: una demencia lúcida. Para el novelista, para el psicólogo, resplandece la belleza de esa demencia, si así puede calificarse. Pero la gente — ¡bah! — se asemeja a Fernando el Católico, que apenas envió Juana de Castilla le buscaba marido conveniente, sin pensar en cosa tan rara como la persistencia del sentimiento, eterno, indestructible.

La opinión no quiso ver en la elección de Joaquina sino un cálculo ambicioso, el afán de compartir la posición de un conde-duque de Olivares, amo de España. De aquí procedió la prevención satírica con que se juzgó el matrimonio, el carácter de Joaquina, sus menores acciones, hasta sus gestos, sus hábitos perezosos de americana, sus inocentes niñerías, por ejemplo, su afición a los animales domésticos, titíes, perros y aves. Mi observación continua me demostró que, fuese el que fuese el origen, allí pasión había, y pasión honda, con sus accidentes y hasta con sus torturas y sus sospechas, que caben en el alma más generosa. El origen pudo ser, no la ambición descarnada y seca, ávida y egoísta, sino la admiración, fuente de amor, y de amor intenso. Dinástica ferviente, Joaquina admiraba en Cánovas al restaurador de la dinastía; dama del gran mundo, al ingenio de salón y al conversador delicioso; mujer intelectual, a la inteligencia (por la inteligencia sentía Joaquina una especie de culto, y era esta de las notas más simpáticas en su carácter). De aquí, lo repito, pudo saltar la chispa, y no es maravilla que saltase; el tiempo, la oposición de los padres, la extrañeza de los que la rodeaban, la creciente importancia de la figura de Cánovas, la convirtieron en hoguera. Dado el punto de partida; admitido el brote del amor hacia quien no atrae mediante las gallardías de la figura ni las elegancias del atavío, cada circunstancia confirma el fenómeno. La discreción y la gracia incomparable de Cánovas, sus triunfos políticos y parlamentarios, el propio espumoso de odios, envidias y sátiras que reventaba a sus pies, debieron de ser parte a empeñar más en su resolución a la hija de los marqueses de la Puente.

\* \*

Realizado su ideal algo tarde; unida a Cánovas a los treinta y cinco ó treinta y seis años; perdidos, como ella decía, diez de felicidad, no hubo esposa más amante é irreprochable. No dejaba de encerrar peligros la situación de una mujer tan festejada y halagada, siempre girando en el torbellino de fiestas y solemnidades, con una corte masculina formada de hombres expertos y duchos, maleantes y maliciosos, que no conocían escrúpulos, ni respetarían la jefatura, en el terreno en que nada se respeta. El gustillo y el triunfo de turbar la paz doméstica de Cánovas tentaría a no pocos, y hubiesen sobrado moscones alrededor de la entonces linda y brillante novia. Sin huir de la sociedad, sin dejar de prestarse a cuanto exige una excepcional posición, dando en su palacio fiestas magníficas, que animaba con su viveza y su donaire, Joaquina salvó a la vez su fama y el sosiego y la dignidad de su compañero, y el furor político, de rabiosas fauces, no pudo hincar el diente en el hogar de Cánovas del Castillo.

La piedra de toque de aquel cariño fué la muerte. Ella probó, como sabe probar la gran reveladora, los quilates de un alma. Joaquina, que había sido una perfecta casada, fué ejemplo memorable de viudas, y á escribir hoy Luis Vives, la dedicaría con justicia el más expresivo de sus panegíricos. No era ciertamente el deber; era la pasión, la que ante el espectáculo del asesinato ofuscó la razón de una mujer débil aunque valerosa. Oír referir á Castelar las manifestaciones de aquel dolor sin consuelo, era como leer un drama de Schiller ó de Tamayo. Sólo en las regiones de la poesía creemos encontrar lo que la realidad nos brinda, no á cada momento, pero algunas veces, para probarnos que poesía y realidad son una misma cosa vista por diferentes aspectos. ¡Horas terribles, que determinaron la enfermedad mortal en Joaquina y aceleraron la explosión de la que latía oculta en el organismo de Castelar, habiendo hecho el anarquista, no golpe doble, como ahora dicen, sino golpe triple, y en qué víctimas! ¡Designios de la Providencia, juicios de Dios, abismo grande!

\* \*

Una mujer pagada de ostentaciones y vanidades, una mujer que no hubiese recibido á la vez la herida en el cerebro y en el corazón, y que pudiese, no digo olvidar, pero siquiera distraerse y aliviarse, tenía ante sí un porvenir relativamente halagüeño y dichoso, de lícitas satisfacciones de amor propio. Joaquina no había subido desde modesta esfera social á las alturas, ni volvía, al perder á Cánovas, á la modesta obscuridad de su origen: el título y la grandeza que recibió no recaían en persona á quien enalteciesen una pulgada, socialmente hablando; y su situación siempre eminente estaba ahora basada en la aureola del recuerdo del grande hombre, cuya falta se notaba más cada día, cuyo prestigio póstumo crecía al compás de nuestras desgracias. Libre, rica, ilustre, otra se hubiese resignado. Ella no podía: allá dentro no encontraba á qué asirse para vivir. Jamás olvidaré la primera entrevista que tuvimos después de la desgracia, cuando regresé á Madrid de mi temporada de campo. Duró hora y media, y creo que la desdichada señora no pronunció en ese tiempo veinte palabras. Sollozos convulsivos, unos brazos débiles que se crispaban agarrándose á mi cuello, un balbuceo confuso, en tono de queja confidencial, inarticulada, y sólo una afirmación enérgica, repentina — ¡demasiado demostrada por los hechos! — el deseo firme de morir, de morir pronto, de irse de aquí, de reunirse con él. Y la palidez de la cara; y la disnea congojosa, que dos ó tres veces me hizo levantarme con ánimo de pedir auxilio; y el temblor de todo el cuerpo; y el azulado matiz de los labios; y ese no sé qué indefinible de las grandes catástrofes interiores, decían más claramente aún que aquella mujer no podía, no sabía, no quería vivir. Era cosa resuelta.

\* \*

Cuatro años aleteó con la flecha clavada, con alternativas de aparente mejoría, con momentos en que sus fieles, Romero Robledo, el duque de Tetuán, Cerralbo, Castellano, Weyler, Collantes, Vilana, quien esto escribe, nos decíamos al salir de su lado: «Parecía muy animada hoy.» «Le ha sentado bien la estancia en San Juan de Luz...» u otro de esos lugares comunes que se repiten creyéndolos á medias, por comunicarse una impresión agradable. En nuestra amistosa inquietud, cualquier síntoma nos era precioso: nos alegrábamos de verla animar su luto con un ramo de violetas, con un medallón de brillantes, ó de escuchar de su boca una agudeza, una donosa réplica, un rasgo de fino humorismo. — De pronto, nos avisaban tristemente los reiterados achaques, aquella debilidad y aquel desequilibrio nervioso, aquel no tocar á la comida, aquel volver á la idea fija, al recuerdo de la fecha siniestra, que cubría su espíritu como de un velo de sombra y sangre. — Y había instantes en que sabíamos que no estaba entre nosotros más que su cuerpo; su alma, allá, lejos, abismada, absorta en la tragedia, reviviendo el momento atroz, ensanchando la herida por donde se le iban el juicio y los restos de la quebrantada salud.

\* \*

Ante esa existencia que llenó un sentimiento, ante ese corazón que no pudo seguir palpitando después del supremo dolor, la posteridad hará como hizo el anarquista: se inclinará y repetirá: «No va nada con usted. Es usted una señora honrada, digna de mi respeto.»

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### UNA VIDA

La que acaba de extinguirse al bajar al sepulcro, Joaquina Osma de Cánovas del Castillo, es de las enteras, de total unidad psicológica, inspirada siempre, desde la juventud, por un mismo sentimiento invariable, concentradísimo, fatal y mortal, como son esa clase de afectos, demasiado fuertes para que los resista la pobre organización humana.

\* \*

La noble mujer con quien casó en segundas nupcias Cánovas del Castillo, diez años después de la Restauración de Alfonso XII, tenía dos personalidades: una para el público, otra para sus amigos íntimos. El público la miraba, cuando no con sorda ó declarada hostilidad, con cierto recelo y extrañeza: sus amigos la adorábamos. Hablo de los amigos de última hora que, después de la tragedia del 8 de agosto de 1897, nos habíamos agrupado en derredor suyo, buscando y encontrando en la viuda de Cánovas lo último que quedaba de aquel hombre tan indiscutiblemente grande, cualesquiera que fuesen los errores de su política. — La frase que acabo de escribir prueba hasta qué punto viviendo Joaquina persistía la memoria reciente de Cánovas. Mientras Joaquina alentase en el mundo, jamás lastimaría yo su sensibilidad aludiendo á posibilidad de errores en el marido idolatrado, en el cual sólo veía las incomparables dotes y méritos que nadie le podrá negar, y no esos desaciertos que la historia juzga, y que son el lote de nuestros hombres de Estado, desde ¡ay!, hace mucho, mucho tiempo.

Como yo no tenía — ni deseaba tener — el encargo de juzgar biográfica é históricamente á Cánovas, á quien tanto cariño profesé (no más del que merecía, del que inspiraba su trato), no cabía en mí aplicar una crítica minuciosa á sus actos políticos, y si la hubiese aplicado, también encontraría materia de alabanza en infinitos respetos, y siempre de admiración y de respeto para el orador, el sabio, el estadista de firme carácter y de inspiración rápida y poderosa. Pero sería conocer mal á Joaquina creer que la menor restricción no apenaría su alma. La hermosa venda del amor y de la fe cubría sus ojos, y su opinión era como su ilusión: completa, absoluta.

\* \*

¿Quién ahondará nunca el extraño misterio que encierra la génesis del amor? Reunía Cánovas del Castillo, de sobra, las condiciones requeridas para captarse la admiración de sus contemporáneos. Su palabra arrebatadora, sobria, intencionada, templada en Toledo, cincelada en Milán, era luz de la tribuna parlamentaria. Su enciclopédica erudición era adorno de las Academias. Sus escritos documentarán y guiarán á los historiadores futuros. Su iniciativa política, su enérgica voluntad, bien hemos visto, por triste experiencia, cómo constituían, en medio de